

Lucas 12:32-40

Sermón Lucas 12:32-40 Pentecostés 12 2013 Gen 15:1-6;
Hebreos 11:1-3,8-16

³² »No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino. ³³ Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega ni polilla destruye, ³⁴ porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

³⁵ »Tened vuestra cintura ceñida y vuestras lámparas encendidas; ³⁶ sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que, cuando llegue y llame, le abran en seguida. ³⁷ Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá y hará que se sienten a la mesa y vendrá a servirles. ³⁸ Y aunque venga a la segunda vigilia o a la tercera vigilia, si los halla velando, bienaventurados son aquellos siervos. ³⁹ Pero sabed esto, que si supiera el padre de familia a qué hora el ladrón había de llegar, velaría ciertamente y no lo dejaría entrar en su casa. ⁴⁰ Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis el Hijo del hombre vendrá».

El Evangelio del domingo pasado presentó a Jesús corrigiendo la actitud de un hombre que al parecer se interesó sólo por las posesiones en este mundo, sin dar mucha importancia a la verdadera riqueza espiritual que Jesús vino para ofrecer y garantizar. El hombre había mostrado esa actitud al insistir que Jesús tomara su parte en una controversia sobre una herencia terrenal. Jesús le responde con una advertencia: “Mirad, guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”, v. 15, y cuenta la parábola del hombre que tuvo una cosecha abundante y suponiendo que ya tenía suficiente para gozar de la buena vida por años decidió construir nuevos graneros para toda su cosecha. ¿El veredicto de Dios? “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será?”. Y Jesús advierte solemnemente: “Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios”.

En lo que sigue Jesús anima a que sus discípulos no se angustien por las cosas necesarias para esta vida. Nos recuerda que el Padre sabe que necesitamos también cosas como comida, bebida, etc. Pero nos recuerda: “Buscad, más bien, el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas”.

¿Por qué pone Jesús tanto énfasis en estos asuntos? ¿Qué cambiará cuando dejamos atrás esa angustia y confianza en las posesiones en este mundo y ponemos la confianza más bien en nuestro Padre celestial? ¿Qué señal habrá de que estamos poniendo realmente el reino de Dios en primer lugar, y confiando en que Dios también suplirá lo demás que necesitamos?

Jesús comienza nuestro texto diciendo: “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino”. La exhortación aquí muestra por qué necesitamos esta advertencia. La tendencia natural de nuestra carne pecaminosa es dudar, temer, preocuparnos de que no habrá suficiente para sostenernos. Jesús nos dice que no debemos temer. Tememos cuando enfrentamos la incertidumbre, cuando no podemos controlar las circunstancias. Y ciertamente, tenemos que reconocer que nosotros no podemos asegurar que nuestro trabajo vaya a continuar, que nos vaya a durar la salud, que no habrá un accidente que de repente pueda poner en peligro nuestra vida. Todo esto hace fácil que cedamos al temor, y por tanto a la preocupación y la angustia. Todo eso puede hacer que nos afanemos por poseer siempre más, en la esperanza de tener suficiente para que ya no tengamos que preocuparnos de lo que traiga el futuro. El hombre en la parábola pensaba así, pero se equivocó. Con lo mucho que había acumulado, todo lo tendría que dejar atrás esa misma noche. Y como eso era lo único en que confiaba, encontró que toda esa supuesta seguridad era la más profunda pobreza que hay, “no es rico para con Dios”.

A pesar de ser una manada pequeña, un grupo pequeño en el mundo y sujeto a muchas persecuciones y peligros, Jesús amonesta a sus creyentes a no temer. ¿Por qué? “Porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino”. Todo depende de la decisión de aquel ser Todopoderoso que ha determinado con su amor darnos el reino. Con esto Jesús nos está recordando que en realidad el buscar el reino de Dios y su justicia realmente es resultado del amor y la elección en gracia de aquel que desea que lo reconozcamos como nuestro Padre. Pero si él es nuestro Padre, ¿qué puede realmente faltarnos que en realidad nos sirva para nuestro eterno bien? El Padre quiere darnos ese tesoro máximo que consiste en el reino de Dios, la vida eterna en su presencia en el cielo. En cuanto a todo lo demás, “vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas”. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

De hecho, la razón por la cual podemos dejar atrás el temor es que el propio Hijo de Dios ya sacrificó su vida por nosotros para rescatarnos de todo nuestro pecado y castigo. Cuando este hecho es lo que da forma a toda nuestra vida, lo que establece

nuestras prioridades, lo que nos da el poder para seguir el camino del amor para con el prójimo, el resultado es que dejamos de lado el temor, convencidos de que el Padre nos dará el reino.

Pero, ¿cómo afectará este vencimiento del miedo y esta confianza en recibir el reino de un amoroso Padre? Jesús dice: “Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega ni polilla destruye, porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. Jesús amonesta a sus seguidores a vender cosas que ya tienen o reciben y que con eso ayuden a otros que tengan necesidad. Sabemos de muchas partes de la Escritura que uno de los usos agradables a Dios de nuestras posesiones es ayudar con ellas a otros que no tienen. Por ejemplo, Pablo dice: “El que robaba, no robe más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad”. Eso incluye ayuda material cuando un vecino o hermano está sufriendo hambre y enfrenta una crisis de salud. También incluye sostener la predicación del evangelio y la enseñanza de la palabra de Dios con nuestras ofrendas para que otros también puedan alcanzar el reino de Dios por la gracia de Dios y la fe en sus promesas en Cristo Jesús.

¿Pero no es cierto que muchas veces tenemos que luchar mucho con nosotros mismos para adoptar esta actitud y mostrar este fruto en particular de la fe? ¿Por qué es así? Muchas veces es porque olvidamos el amor y la generosidad del Padre que ha querido darnos el Reino. Muchas veces es porque olvidamos que Jesús sacrificó todo, inclusive su propia vida para que fuéramos hijos de Dios y herederos del reino. Y cuando olvidamos este amor del Padre y el Hijo, otra vez somos cautivados por las preocupaciones y los temores, tales como, si ayudo a él, ¿qué pasará si luego yo tenga una necesidad? Si ofrendo generosamente en la iglesia, ¿qué pasará si enfrento una cuenta inesperada? ¿Qué pasa si un hijo se enferma? Como si el Padre no supiera que necesitamos estas cosas. Como si Jesús nunca hubiera dicho: “Buscad, más bien, el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas”.

O puede ser porque nos engañamos y realmente no damos prioridad al reino de Dios y su justicia. Un comentarista citó a alguien que había dicho algo así como: “Muéstrame cómo ocupas tu tiempo y gastas tu dinero, y te diré lo que es importante en tu vida”. ¿Qué es realmente importante en nuestra vida? ¿Son nuestras prioridades las de Dios? Jesús nos invita a considerar el asunto cuando nos advierte: “haceos bolsas que no se envejecan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega ni polilla destruye, porque donde está vuestro tesoro,

allí estará también vuestro corazón”. Ayer fue la conmemoración de San Lorenzo, un mártir en la iglesia antigua, un diácono en Roma en el siglo III. Si dice de él que el emperador de esa fecha pensaba que la iglesia tenía riquezas o tesoros que deberían estar más bien en las arcas del gobierno. Ordenó a San Lorenzo a traer los tesoros de la iglesia. Lorenzo presentó a los pobres que habían recibido limosnas de la iglesia. Al emperador no le gustó; Lorenzo fue encarcelado y matado el 10 de setiembre en el año 258. Tal vez Lorenza haya pensado en estas palabras de Jesús, que al dar a los pobres estaban haciendo bolsas que no envejecen, tesoro en los cielos que no se agota. Los que habían dado esas limosnas estaban mostrando que Dios y su voluntad y sus promesas de cuidar a los suyos y darles el reino valían más que todos los tesoros inseguros de este mundo.

Se entendería mal esta expresión de Jesús si se tomara en el sentido de que todo cristiano está obligado a vivir en absoluta pobreza y tendría que dar todo lo que poseía para que él también luego tuviera que depender de las limosnas de los demás. Pedro reconoce que Ananías y Safira con todo derecho podrían haber guardado parte del precio del terreno que habían vendido. Escribiendo a los tesalonicenses, Pablo condena a los que rehúsan trabajar y quieren vivir a expensas de los demás. Pero lo que Jesús está diciendo es que en la medida en que confiamos en las promesas del Padre que quiere darnos el reino y en la medida en que nos inspira el amor del Padre y el Hijo hacia nosotros en nuestra gran necesidad espiritual, estaremos dispuestos a ayudar a otros con lo que el Padre en su generosidad derrama sobre nosotros. La confianza en las promesas del Padre nos ayudará a evitar la preocupación y el temor, y nos librárá para servir a otros.

Jesús continúa con otra imagen. Nos invita a estar siempre activos en servir al Padre que nos ama, y a estar siempre esperando las bendiciones del reino. “Tened vuestra cintura ceñida y vuestras lámparas encendidas; sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que, cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando”. Otro aspecto de buscar primeramente el reino de Dios y su justicia como fieles siervos es estar listo siempre para el regreso del amo. La imagen que usa aquí es de una casa en que el dueño ha salido a una fiesta. Una de las características de esas fiestas es que nunca se sabía cuánto iban a durar. Podría ser por días o hasta por una semana. Pero sea cuando fuera, el Señor habla de la importancia de estar esperando y listos para servir. No importa la hora. Sus vestidos deberían estar atados con una cinta que les permitiría la acción. Sus lámparas deberían estar encendidas para poder responder inmediatamente. Deberían estar listos “aunque venga a la

segunda vigilia o a la tercera vigilia”, es decir, entre las nueve de la noche y las tres de la mañana.

Puede parecer que esto es otro dicho duro, pero no lo es realmente. Es otro aspecto de tener a un Padre amoroso que quiere lo mejor para sus hijos. Para indicar esto, Jesús dice algo realmente sorprendente. Dice que el amo, complacido por esta atención y vigilancia por su venida, en vez de exigir más de ellos, los serviría él mismo. “De cierto os digo que se ceñirá y hará que se sienten a la mesa y vendrá a servirles”. Declara bienaventurados los siervos que se hallan esperando. Al hacerlo, sólo están haciendo lo que es su deber. Pero son bienaventurados debido a lo que el Señor hará por ellos. Él servirá a ellos y les hará participar del banquete de la salvación. ¡Qué impulso para ser fieles servidores de Cristo ahora, esperando su venida y sirviéndolo con fidelidad!

Pero vivimos en un mundo con mucho peligro de alejar nuestra atención del galardón celestial en el reino de Dios. Es tan fácil ser tentados a la flojera espiritual, a aceptar los valores del mundo incrédulo alrededor de nosotros. Por eso Jesús nos cuenta una parábola más. “Pero sabed esto, que si supiera el padre de familia a qué hora el ladrón había de llegar, velaría ciertamente y no lo dejaría entrar en su casa. Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis el Hijo del hombre vendrá”. Con esto Jesús nos da un ánimo a la continua fidelidad, fijando nuestra atención diariamente en el reino, en el fin de esta vida y de este mundo, y en la gloria que tendremos en ese reino. Si en la primera parábola Jesús nos estimula a la fidelidad con grandiosas promesas de las bendiciones celestiales, en esta última parábola nos advierte del peligro si no vigilamos por el regreso de nuestro Señor. Se dirige a cada uno de nosotros. Entonces, ustedes por su parte, estén preparados, porque Cristo vendrá cuando no pensamos. La única solución es mantener siempre nuestra fe, estar siempre esperando, siempre sirviendo al Señor hasta que él venga, cuando recibiremos la corona de la vida por la fe en él. Que Dios nos mantenga con esa fidelidad. Amén.